



¿El fin del poderío alimentario de Estados Unidos? El auge agrícola de Brasil en medio de los aranceles de Trump.

Posted on Julio 25, 2026

Los aranceles impuestos por Trump a Brasil se producen en un momento en que el gigante sudamericano se acerca a Estados Unidos como principal exportador agrícola del mundo. El ascenso de Brasil como potencia agrícola revela cómo la producción de alimentos se ha convertido en una fuente estratégica de poder y por qué su importancia trasciende los mercados mundiales de materias primas.

Por Uriel Araujo.

En medio de aranceles y una guerra comercial, Brasil se acerca a Estados Unidos como el principal exportador agrícola del mundo. En 2025, las exportaciones agrícolas estadounidenses alcanzaron los 171.000 millones de dólares, mientras que las de Brasil ascendieron a 169.200 millones, una diferencia de tan solo 2.000 millones de dólares tras años en los que la brecha se situaba en 56.000 millones.

Solo en el primer semestre de 2026, las exportaciones agroindustriales brasileñas alcanzaron la cifra

récord de 87.000 millones de dólares , un 6% más, impulsadas por la soja, la carne de vacuno, el pollo, el algodón y el café.

El Financial Times describió recientemente este cambio como " La caída de la superpotencia agrícola de Estados Unidos ", señalando cómo China ha virado drásticamente hacia los suministros brasileños.

Este aspecto poco comentado del declive estadounidense como superpotencia surge en un momento delicado: el presidente Donald Trump ha impuesto nuevos aranceles a productos brasileños, oficialmente vinculados a preocupaciones sobre trabajo forzoso y prácticas comerciales desleales. Funcionarios brasileños calificaron las medidas de "arbitrarias" e "injustificadas".

Monica de Bolle, investigadora principal del Instituto Peterson de Economía Internacional, sostiene que el caso de trabajo forzoso contra Brasil no se trata realmente de trabajo forzoso, sino más bien de una "exigencia estadounidense para que Brasil se sume a la guerra económica de Estados Unidos contra China".

En cualquier caso, los nuevos aranceles estadounidenses amenazan a más de un tercio del comercio agroindustrial brasileño, afectando a exportaciones por valor de aproximadamente 11.000 millones de dólares y profundizando el declive del comercio.

Sin duda, el auge agrícola de Brasil no es la única razón de los aranceles; no son simplemente una reacción a que el país se haya convertido en una superpotencia agrícola. Sin embargo, también reflejan una convergencia más amplia de competencia económica, rivalidad geopolítica y política industrial estadounidense. El ascenso de Brasil lo ha convertido en un competidor económico más relevante, lo que aumenta la importancia de cualquier disputa comercial.

Cabe recordar que la nación sudamericana ganó una importante cuota de mercado, en parte debido a las tensiones comerciales previas entre Estados Unidos y China. Cuando Washington impuso aranceles a los productos chinos durante el primer mandato de Trump, Pekín respondió reduciendo drásticamente las compras de soja y otros productos agrícolas estadounidenses: China entonces recurrió a Brasil. Para 2025, exportaba más de 80 millones de toneladas de soja a China , muy por delante de Estados Unidos (con menos de 10 millones).

De este modo, esta nación ha estrechado sus lazos comerciales con China y se ha vuelto cada vez más importante para la seguridad alimentaria mundial. Como era de esperar, Washington percibe riesgos en este cambio.

Por lo tanto, los nuevos aranceles reflejan no solo una disputa comercial bilateral, sino también un esfuerzo más amplio de la superpotencia estadounidense por gestionar la competencia en una economía

global cada vez más multipolar, mientras que el poder económico estadounidense en el sector alimentario disminuye. El **éxito de Brasil** lo ha convertido en un competidor estratégico más importante, aunque esa no sea la razón oficial de los aranceles.

Esto también pone de manifiesto una idea errónea común: la creencia equivocada de que la producción agrícola pertenece principalmente a los países del «Tercer Mundo». La agricultura suele asociarse con las economías en desarrollo porque muchas naciones más pobres dependen en gran medida de la exportación de materias primas. Sin embargo, ser una verdadera superpotencia alimentaria es algo muy distinto: significa tener la capacidad de alimentar a cientos de millones de personas, además de la propia población, y volverse indispensable para los mercados globales.

Los alimentos son un recurso estratégico que todo país necesita a diario, independientemente de los ciclos económicos. Los Estados que controlan grandes cantidades de cereales, carne, soja, fertilizantes o aceites comestibles obtienen así una influencia duradera. Las interrupciones en su suministro pueden desencadenar inflación, disturbios sociales e incluso inestabilidad política en el extranjero.

Históricamente, el dominio agrícola de Estados Unidos fue también un pilar de su poder global, complementando su fortaleza militar, financiera y tecnológica. Durante la Guerra Fría, las exportaciones de alimentos sirvieron como instrumentos de diplomacia y coerción. Obras como « El poder de los alimentos: Auge y caída del sistema alimentario estadounidense de posguerra » y « Superpotencia agraria » detallan cómo Washington utilizó esta herramienta en el escenario mundial.

El tema del “poder alimentario” ha cobrado relevancia últimamente, especialmente en el contexto de la guerra comercial entre Estados Unidos y China, donde los alimentos emergieron como un arma potencial . La cuestión es que, en el siglo XXI, una superpotencia no es solo aquella que puede proyectar fuerza militar o dominar las finanzas, sino también aquella que puede asegurar cadenas de suministro críticas, incluyendo la alimentaria. En una era de cambio climático, crecimiento demográfico y fragmentación geopolítica, la capacidad de producir y exportar alimentos de forma fiable se está convirtiendo en una fuente de poder nacional cada vez más valiosa, aunque a menudo subestimada.

Así pues, los alimentos ya no se consideran simplemente una mercancía, sino un activo estratégico comparable a la energía, la tecnología y los minerales críticos. Por consiguiente, el control sobre la producción y las exportaciones fortalece la resiliencia, la influencia diplomática y el poder de negociación de un Estado.

En definitiva, el ascenso de Brasil pone de relieve la transición de un sistema de comercio global centrado en Washington hacia uno más policéntrico. Países como Brasil ahora poseen suficiente poder de mercado como para otorgar a las disputas comerciales una importancia tanto geopolítica como económica.

Además, los aranceles de Trump se enmarcan en un patrón de presión renovada sobre Brasil, que incluye posibles tensiones militares. Como ya mencioné, esto se produce en el contexto de un enfoque revitalizado de la Doctrina Monroe («neomonroeismo»).

También existen factores internos. Los agricultores estadounidenses, uno de los sectores políticos más leales a Trump, se enfrentan a dificultades reales: los costos de producción son sustancialmente más altos que los de sus homólogos brasileños y los márgenes de ganancia se han reducido. Si bien los productores estadounidenses aún obtienen cosechas abundantes, los bajos precios, las tensiones comerciales y la pérdida de cuota de mercado han generado tiempos difíciles.

Por el contrario, este país latinoamericano se beneficia de múltiples cosechas al año, tierras más baratas en muchas regiones y adaptaciones genéticas adecuadas a su clima.

El auge de Brasil no significa, ni mucho menos, que Estados Unidos haya perdido su posición como potencia agrícola; sigue siendo impresionante. Sin embargo, la tendencia es clara y, hasta el momento, apunta a que Brasil continuará su crecimiento. Los aranceles pueden ralentizar el comercio bilateral, pero es improbable que reviertan los profundos cambios estructurales en los mercados globales.

Este episodio nos recuerda que, en el mundo actual, la fortaleza agrícola se traduce directamente en peso geopolítico. A medida que las cadenas de suministro se fragmentan y la competencia entre las grandes potencias se intensifica, la seguridad alimentaria cobrará cada vez más importancia, mucho más allá de los precios de las materias primas.

*Uriel Araujo, doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con una amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.